

BIBLIOTECA AYACUCHO  
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

---

MARÍA GRAHAM

# DIARIO

DE SU RESIDENCIA EN CHILE (1822)  
Y DE SU VIAJE AL BRASIL (1823)

**SAN MARTÍN.—COCHRANE.—O'HIGGINS**

PRÓLOGO DE DON JUAN CONCHA

EDITORIAL - AMÉRICA  
MADRID

—  
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:  
**SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA**  
FERRAZ, 25

## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

A fines de Abril del año 1822 llegaba á Valparaíso la fragata *Doris*, de la armada de S. M. B., trayendo á su bordo los restos de su comandante, el capitán Thomas Graham, fallecido en brazos de María Graham, su esposa, al doblar el Cabo de Hornos.

La piedad y el amor de su mujer habían preservado los restos del malogrado marino de ser sepultados en las ondas, hasta que la fragata arribó á Valparaíso, donde fueron depositados en tierra hospitalaria, con los honores debidos á su rango y las preces de su culto.

La triste viuda desechó las proposiciones que le hacían los oficiales de la *Doris* para que siguiera viaje á bordo de la fragata hasta que encontraran otro buque que pudiera trasladarla directamente á Europa, y prefirió quedarse en Valparaíso para recobrar sus fuerzas quebrantadas por el sufrimiento.

El romántico interés que inspiraba la soledad en que su viudez la dejaba en tierra extraña, la distinción social que suponía el rango de su marido, y sobre todo su exquisita cultura y lo agradable de su trato, eran motivos más que sobrados para que la sencilla y reducida sociedad de aquella época la acogiera con la más afectuosa hospitalidad.

Relacionada desde un principio con el elemento oficial, que en aquellos años era el de más valía en Chile, tuvo pronto oportunidad de tratar con una de las personalidades más sobresalientes de la revolución: nos referimos á lord Cochrane. Lord Cochrane, á más de ser su compatriota, tenía para distinguirla con su amistad otro motivo: cuando él figuraba entre los guardias marinas más antiguos de la marina inglesa, llegó á bordo de la *Thetis*, en que él estaba embarcado, un joven

guardia-marina que se iniciaba en la carrera naval y que más tarde llegó á ser el capitán Thomas Graham.

Atendió, pues, lord Cochrane con toda solicitud á la viuda de su antiguo camarada, que era una dama de esclarecida inteligencia y fino trato, y la presentó en Santiago á las familias de la mejor sociedad.

Dotada de una clara inteligencia, enriquecida por los conocimientos adquiridos en largos viajes y por una variadísima lectura, era natural que sus ideas y sentimientos afinaran estrechamente con las ideas y sentimientos de lord Cochrane, que tanto aventajaban á las preocupaciones y añejeces que formaban el ambiente intelectual en que había dejado la dominación española á sus antiguos súbditos.

De aquí que apreciaran de idéntica manera los hombres y las cosas de la revolución, á tal punto, que hay en este «Diario» muchas páginas que uno se sentiría inclinado á suponerlas directamente sugeridas por lord Cochrane, si María Graham no hubiese dado á conocer sus agudas facultades analíticas, su profundo espíritu de observación en las diversas obras que formaban su bagaje literario mucho antes de su arribo á Chile.

La simpatía por el héroe injustamente proscrito de su patria, el recuerdo de sus gloriosas hazañas en las guerras napoleónicas, la admiración por su denuedo y abnegación para hacer triunfar la causa de la independencia de los lejanos estados americanos, todo concurría á desarrollar en ella un culto vehemente por lord Cochrane, lo que Carlyle llama *heroworship*, que hace que tanto en las páginas del «Diario» como en las del Bosquejo de la Historia de Chile que á la Revolución se refieren, la personalidad del ilustre marino se destaque en medio de una gigantesca aureola. En torno de ella se agitan, pálidas, animadas por mezquinas pasiones, las figuras de sus enemigos políticos, especialmente la del más formidable y maquiavélico, San Martín.

Pero, fuera del escenario político, donde la ignorancia, el temor y la ambición se exhiben en cuadros disgustantes, la vida doméstica, los afectos de familia, el alma entera de la naciente sociedad chilena, proporcionan á María Graham precioso material para trazar con galana y apacible pluma diversos cuadros, ricos de colorido y de frescura.

Como á casi todos los viajeros, la belleza de las mujeres chi-

lenas la entusiasmo, y dice así en una ocasión: «que una linda chilena se ve diez veces más linda cuando se pone la mantilla para ir á misa», y cuando cuenta que ha asistido á una tertulia en casa de D. José Antonio de Cotapos, dice: «estoy segura de no haber visto jamás reunidas en un solo día tantas mujeres bonitas, como en esa ocasión; no estoy segura de que fuesen todas de trascendental belleza; pero sí de que no había una sola fea».

Ahora, su abnegación incomparable, que la hace arrostrar junto con el hombre que ella ama, esposo, padre ó hermano, todos los rigores de las adversidades políticas; sus hospitalarios sentimientos; hasta su misma pasmosa ignorancia, «que las hace recurrir con mayor gracia á los medios de seducción que la Naturaleza ha dado á la mujer, la amabilidad y la ternura», son temas que vuelven muchas veces á los puntos de su pluma para dar á estas páginas un encanto que no empañan jamás ni el adulo ni la sátira.

Su temperamento artístico, su ilimitado amor á las plantas y á las flores le hacen admirar entusiasmada los variados paisajes que ofrecen á su vista los campos de la región central, que ella ha recorrido; detiéndose en sus excursiones campestres y recoge las plantas indígenas, cuyas virtudes indaga, cuyos hábitos describe con toda prolijidad, sin someterse á las arideces de la terminología botánica. Interésase por la suerte de los pobres, conversa con ellos y se sienta á su lado para aprender sus industrias rudimentarias: la alfarería, el hilado.

Conversa con O'Higgins, con San Martín, con Centeno, y desde el primer momento los penetra, hace su psicología, y descubre al hombre bajo las deslumbrantes exterioridades que imponen al vulgo.

Hay un retrato de San Martín, hecho *d'après nature*, puede decirse, que es una obra maestra de observación y de factura: el prócer va á hacerle una visita, invitado por Centeno, y habla, habla de todo, para lucirse, mientras los de su comitiva le escuchan asombrados de tanto saber. María Graham le escucha, avanza algunas ideas; pero la locuacidad inagotable de aquel espíritu versátil se las lleva por delante; entonces, lo mira con atención, critica *in mente* la vaciedad de esa charla incontenible, y piensa que ese hombre locuaz y amanerado estaría mejor en un sarao que no al frente de los Estados incipientes, que tiene la

ambición de dominar como jefe absoluto. Son dos páginas realmente soberbias las que dedica á esta visita.

A O'Higgins también lo vemos vivir en estas páginas; comprendemos cómo ha latido siempre acompasado su sano corazón en medio de la tormenta revolucionaria: su valor es frío y resuelto, su palabra sobria y precisa, tiene todas las virtudes de un gran soldado; pero carece de las cualidades que imponen al hombre de estado: no sabe sobreponerse á las intrigas palaciegas ni acierta á debelar las cábalas de sus adversarios políticos. Los Carreras, Freire, Monteagudo, el ministro Rodríguez, le sugieren juicios que nos parecen ser los de un contemporáneo nuestro, que quedan en el fiel de la balanza, entre la acendrada adhesión de sus parciales y las acerbas invectivas de sus adversarios políticos.

Es sensible que la ruptura de una arteria, que sufrió mientras regresaba á Santiago de una excursión á Melipilla y que puso en peligro su existencia, no permitiera á Maria Graham realizar el proyecto que abrigaba de recorrer el territorio de la República hasta Concepción. Tenía listas varias cartas de introducción para diversas personas, y entre ellas una de lord Cochrane para el general Freire que estaba al mando de las tropas de la frontera.

Con estas condiciones, el libro tiene todo el mérito de un documento histórico, y con los Recuerdos de Zapiola, los de Pérez Rosales y las pocas Memorias y correspondencias privadas que nos han quedado del período revolucionario, habrá de servir para estudiar la historia bajo un aspecto que no ofrecen los documentos y comunicaciones de carácter oficial, que han sido la fuente de los estudios históricos hechos hasta ahora.

Otro título tiene además para darlo á conocer al pueblo chileno, que habrá de leerlo con agrado y reconocimiento, y es la sincera simpatía que revelan todas sus páginas para nuestro país; sus ardientes deseos por la prosperidad de Chile, cuyo engrandecimiento político y cuya prosperidad comercial predijo hace ochenta años, al observar la energía y homogeneidad de su raza y las riquezas de su suelo.

Esto, en cuanto á la obra.

En cuanto á su autora, es sensible que no se encuentren en nuestra literatura nacional datos que nos permitan reconstituir su fisonomía moral ni su vida entre nosotros. Vicente Pérez Rosales, á quien ella recogió en Río Janeiro donde lo había

abandonado lord Spencer, y á quien repatrió á bordo de la *Doris*, no ha dejado, por desgracia, más que unas cuantas líneas en sus *Recuerdos del Pasado*, que nos dan á conocer las bondadosas disposiciones de carácter de la ilustre viajera. Así, pues, habremos de contentarnos con dar á conocer su intelectualidad por medio de los escasos datos biográficos que hemos podido obtener en la *National Biography* de Leslie Stephen y algunas otras fuentes de información no menos compendiosas.

Maria, hija de Jorge Dundas, contraalmirante de la *escuadra azul* y miembro del Almirantazgo, nació el año de 1785 en Papcastle, cerca de Cockersmouth.

Desde sus primeros años manifestó una decidida afición á la lectura y al estudio de las plantas y las flores. La *governess* que dirigió su educación era mujer muy ilustrada y que cultivaba relaciones de amistad con las más esclarecidas inteligencias de la época: Burney, Johnson, Reynolds, á quienes dió á conocer las brillantes disposiciones de su discípula. María Dundas, por su parte, frecuentaba la casa de su tío, Sir David Dundas, donde se reunían Campbell, Lawrence y otros.

En 1808, impulsada por su vivaz imaginación y por su amor á lo nuevo y á lo bello, acompañó á su padre en un viaje á la India; á su regreso contrajo matrimonio, en 1809, con el capitán Thomas Graham, de la Marina real, de quien no se hace mayor mención en las obras de consulta que hemos podido procurarnos. Luego emprendió con su marido otro viaje á la India, de donde regresó en 1811, estableciéndose en Londres. Por razones de servicio, el capitán Graham hubo de permanecer varios años ausente de su patria, durante los cuales su esposa se dedicó por entero á los trabajos literarios. En 1812 publicó su *Diario de Residencia en la India*, que años más tarde fué traducido al francés; en 1814, unas *Cartas de la India*; en 1815, una traducción del francés de las Memorias de Rocca sobre las guerras de los franceses en España, reimpressa al año siguiente. En 1819 regresó el capitán Graham á Inglaterra y, en compañía de su esposa, emprendió un viaje de recreo á Italia, que proporcionó á María Graham los materiales para una de sus obras más apreciadas en Europa, *Tres meses en las Montañas de Roma*, publicada en 1820. El mismo año publicó un *Ensayo sobre el Pous-sin*, que la crítica francesa considera como un libro de primer orden. En 1821 el capitán Graham, al mando de la fragata bri-

tánica *Doris*, zarpó en comisión para la América del Sur, y después de tocar en Río Janeiro siguió viaje con destino al Pacífico.

Como en otras ocasiones, acompañábalo su esposa, interesada en conocer estos países, que comenzaban á llamar la atención europea con motivo de su levantamiento contra el dominio de España. Desgraciadamente, el capitán Graham enfermó durante la navegación, y al llegar á la altura del Cabo de Hornos exhaló el último suspiro en brazos de su abnegada compañera.

La fragata prosiguió viaje hasta Valparaíso, adonde arribó el 28 de Abril de 1822, fecha en que comienza el *Diario de Residencia en Chile*. María Graham permaneció entre nosotros hasta Febrero de 1823, en cuya fecha se embarcó en el bergantín *Colonel Allen* con destino al Brasil; en Río Janeiro permaneció hasta fines de ese año, sirviendo de institutriz á la princesa doña María, que más tarde fué reina de Portugal.

Vuelta por fin á su patria, continuó dedicándose á sus trabajos literarios, y en 1824 publicaba su *Diario de viaje al Brasil* y de residencia en este país durante los años 1821 á 1823, y su *Diario de Residencia en Chile*, que ahora se traduce al castellano por primera vez. Los dibujos, que representan paisajes, tipos y costumbres del país, que ilustran ambos libros, revelan en ella una artista de felices disposiciones, que sabe poner de relieve los rasgos más característicos de las cosas.

En 1827 contrajo segundas nupcias con uno de los más célebres pintores ingleses de la primera mitad del siglo XIX, Augusto Wall Callcott, que frisaba entonces la cincuentena. Artista por temperamento, sus primeras inclinaciones lo llevaron al estudio de la música, y desde niño fué una de las voces más apreciadas de la capilla de la Abadía de Westminster.

Leyendo en una ocasión el *Robinson Crusoe*, ilustrado por Stothard, los grabados del célebre dibujante despertaron en él la afición al dibujo, que le abrió la senda en que tantos laureles había de cosechar más tarde. Entró entonces á estudiar pintura con Hoppner, que, como él, era además un músico muy apreciable, y bajo cuya dirección llegó pronto á ser uno de los más brillantes paisajistas ingleses. En 1806, el mérito de sus cuadros lo hizo ser admitido como socio de la Royal Academy, de la cual llegó á ser miembro académico en 1810. Los paisajes que exhibió entre 1810 y 1835, que se reputan las mejores de sus obras, le valieron que sus contemporáneos lo llamaran el *Clau-*

de inglés, por tenerlos en tanta estima como los mejores de Claude Lorrain. En 1837, con motivo de la ascensión de la reina Victoria, fué hecho caballero, y desde entonces se dedicó á la figura, género que había abandonado desde sus primeros trabajos. Entre los cuadros de este género que más han popularizado los grabadores ingleses se cuentan *Milton dictando su poema á sus hijas* y *Rafael y la Fornarina*. Con todo, la crítica moderna, que lo considera un talento serio y lo coloca entre Constable y Turner, lo encuentra frío, sin pasión ni poesía; pero le reconoce una factura amplia, fácil, una tonalidad justa y una luz franca y agradable, que constituyen el gran mérito de sus paisajes. Por otra parte, Callcott era hombre muy estimado por sus amables disposiciones de carácter, por su generosidad y falta de prejuicios en su arte y por la liberal protección que dispensaba á los artistas jóvenes.

Unida á un hombre de estas condiciones, lady Callcott tuvo un feliz compañero de sentimientos y de gustos artísticos, en cuyo consorcio su inteligencia se inclinó decididamente á los estudios críticos, á la historia y á la literatura de ficción. En 1822 publicó una *Historia de España*. En 1831, cuando regresaba de un viaje de estudio que había hecho por Italia en compañía de su marido, sufrió lady Callcott la ruptura de una arteria, que la dejó inválida por el resto de sus días. No por eso abandonó la pluma. En 1835 publicó la *Little Arthur's History of England*, en dos volúmenes, que alcanzó una gran popularidad y fué reimpresa varias veces, y además una *Descripción de la capilla de Giotto en Padua*, con motivo de una serie de dibujos de Sir A. W. Callcott; en 1836, un *Ensayo sobre la Historia de la Pintura*; en 1840, un prefacio á otra colección de dibujos de su marido, titulada *Los Siete Estados del Hombre*, y en sus últimos años, los libros para los niños que se titulan *Little Blackeburner*, *Little Mary's ten days* y *A Scripture Herbal*.

Por fin, el 28 de Noviembre de 1842, en su residencia de Kensington Pits, la muerte puso fin á sus sufrimientos y apagó para siempre los destellos de su privilegiada inteligencia. Sepultada en el cementerio de Kensal Green, fué pronto á reunirse su compañero de afección y de trabajo, á cuyo ilustre nombre quedó asociado el suyo en la historia de la intelectualidad inglesa.

José Valenzuela D.